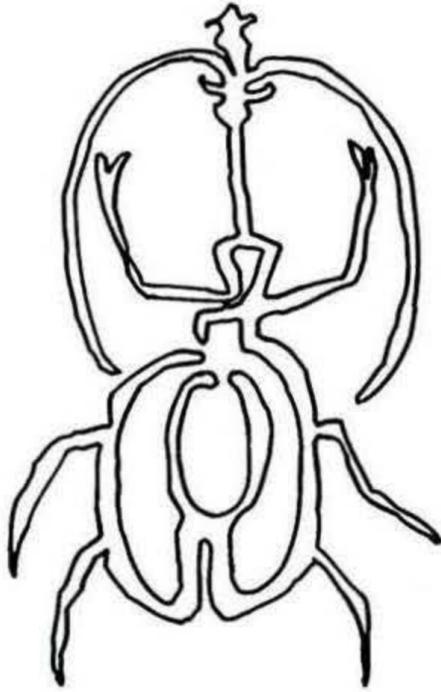


Sus descripciones son muy interesantes; daré una, para ilustración del lector: la de Julio Arboleda, con "su brava y señera fisonomía de condotiero renacentista y de *scholar* inglés", a quien sólo cabría comparar con lord Byron.



Desde su oscuro rincón, García Valencia representó no solamente a Antioquia, sino a las letras en lengua hispana. Lo hizo con modestia y pulcritud y me parece bien que su nombre sea recordado con esta especie de libro-homenaje.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Un puente entre lo cotidiano y el País de la Felicidad

La rana sin dientes

Luis Fernando Macías

Ecoe Ediciones, Santafé de Bogotá, 1995, 80 págs.

Un títere, un avioncito de papel y un libro de cuentos pueden llevarnos a otros mundos o, mejor, pueden fundir y confundir los estrechos linderos de nuestro entorno rutinario con el infinito territorio del País de la Felicidad. Para esto sólo se necesita un niño, dos sabias abuelitas y un padre fabulador. En efecto, a David, el protagonista de este relato, el mundo se le tornó en pro-

digio desde su inusitado encuentro con la rana sin dientes:

David abrió los ojos y se puso atento. No creyó que la rana estuviera viva y le hablara con la voz delgada, parecida a la voz de papá.

—Ranita... —le dijo.

—¿Qué?

—¿Usted habla?

—Sí, yo hablo.

—¿Sí habla la rana? —preguntó David a papá.

—Sí la rana sí habla.

David oyó la voz de papá, y vio que era distinta de la voz delgada de la rana. [págs. 10-11]

Ella (la rana sin dientes) le contó la historia que sus amigos, Juan Diego y Federico, tuvieron en el hormiguero que hay en el jardín del conjunto residencial. Desde entonces, David conduce un avión de papel con el que puede viajar a través de las hojas de un libro de cuentos. Desde entonces, la abuelita Nelly ha tenido que liberarlo de la trompa de un pececito espada, y la abuelita Mercedes le ha enseñado un conjuro para ingresar al morro Pandeazúcar, donde habita el maestro Ernesto, guardián de la paila del conocimiento:



*Cáscara de papa,
palo de la yuca.
Cómo se destapa
el morro Pandeazúcar. [pág. 51]*

El escritor antioqueño Luis Fernando Macías es el autor de esta singular historia —bellamente editada por Ecoe Ediciones—; singular porque Macías ha sorteado con éxito la principal dificultad que debe encarar un autor de cuentos infantiles: deshacerse de aquel viejo prejuicio que considera a los niños como seres ingenuos, casi tontos, y a los que se puede cautivar con cualquier historia fantástica y disparatada.

Macías, por el contrario, ha apelado a recursos propios de la narrativa contemporánea: aquella que, siguiendo el camino abierto por Cervantes y ensanchado en este siglo por autores como Kafka, Borges y Rulfo, desembocó en esa fusión extraordinaria de los niveles de realidad y ficción lograda por García Márquez en su principal obra.

Son raras las historias para niños en las que se mezclan los niveles de realidad y ficción, pues habitualmente los autores optan por construir mundos maravillosos, pero claramente distanciados del mundo que llamamos "verdadero o real". Así, sin más ni más, los autores dan por sentado que el niño ha de aceptar la convención de que en dichas historias todo puede ocurrir, agrandando la distancia entre niños y adultos, ya que así, precisamente así, es como los mayores separan a los niños de su mundo. Por ello es interesante *La rana sin dientes*: porque logra integrar los límites de lo ficticio y lo real y establece, de este modo, un territorio de intersección entre el rutinario mundo de los adultos y el prodigioso universo de los niños.

Así, tomando, como ya se dijo, esos elementos del mundo real que son un títere (la rana sin dientes), un avioncito de papel y un libro de cuentos, el padre inicia a David en los mundos alternos intuidos por la literatura, mundos que son fácilmente accesibles durante la infancia, pero a los que, ya en la adultez, sólo accedemos en esporádicos y brevísimos estados sublimes tales como el amor, el placer o el descubrimiento de un saber oculto entre las millares de palabras de los libros o

en esa "maraña de símbolos" llamada naturaleza (Baudelaire). Al fin y al cabo, la literatura no es otra cosa que un juego, una forma lúdica de reconocer, aunque sea con ojos "de espanto" (Aurelio Arturo), esos otros mundos que todos intuimos y que los horizontes nos vedan.

Por lo demás, *La rana sin dientes* está construida con palabras llanas, y —a pesar de las maravillas que encierra— no encontramos en ella enfatizaciones caprichosas ni las ostentaciones de lenguaje que suelen aparecer en los textos de literatura infantil.

Al leer una historia como ésta, reconfirmamos una convicción: la literatura es una sola: la literatura —sea infantil, juvenil o como la llamemos— debe resistir la mirada de lectores de todas las edades, gustos y conocimiento.

ANTONIO SILVERA ARENAS

Circo en tren

Un tren de hielo y fuego.

Mano Negra en Colombia

Primera edición (traducción del francés¹

por Santiago Gamboa

Ramón Chao

El Europeo & La Tripulación, Madrid,

1994, 178 págs.

Un tren de hielo y fuego. Mano Negra en Colombia ¿De qué puede tratarse un libro con un título tan extrañamente sugestivo? Lo primero que más de uno intuirá es violencia; otro volumen más de la trillada violencia en Colombia. Pero se trata sólo de una crónica de viaje por Colombia en 1992 o diario de a bordo del Expreso del Hielo, aventura cultural que, de alguna manera, se inspiró en la obra de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad*; signo de ello es que se habla en todas las estaciones del regreso de Melquíades y sus gitanos y, también, de las mariposas amarillas que adornan la locomotora.

La máquina partió tripulada por el deseo y orientada por los sueños de 99

expedicionarios y un pasajero clandestino que, una vez descubierto, los acompañó largo rato para completar los cien cupos disponibles ocupados por el grupo de *rock* francés Mano Negra, periodistas de la cadena Caracol y Radio Francia Internacional; profesionales del cine, el teatro, el circo, músicos del grupo French's Lovers, poetas y periodistas de medios escritos —por Colombia El Espectador—, payasos, saltimbanquis, técnicos en iluminación y sonido, soldados, teatreros, vagos, dementes que tienen la libertad por oficio, tatuados, trapevistas, cuatro maquinistas —testigos anónimos de largas fiestas—, el grupo de títeres colombiano La Libélula Dorada, brasileños bailarines de *capoeira carioca* —danza que es un ritual de defensa personal—, uruguayos y un español, el autor del libro². Toda una parafernalia creada por el propósito común de toda una gama de personajes, ocupantes del tren.



Motivo del viaje era tomar contacto con una realidad aparte. A lado y lado de la carrilera se empezaron a asomar rostros de colombianos asombrados; el interés era atraer la mayor cantidad posible de representantes de los estamentos populares de la nación: indígenas, trabajadores, amas de casa, niños y niñas, gente en general a la cual se quiso llegar con un espectáculo circense que se presentaba de noche para acentuar su magia. Centenares de personas llegaban a las estaciones con sus mejores ropas, como ya es ritual en Colom-

bia. Tomaron la antigua y extinta ruta del Expreso del Sol: Bogotá-Santa Marta-Bogotá.

Es una lástima que una foránea visión de nuestro territorio tenga que referirse, en forma reiterada, al fantasma de la violencia que no nos permite vivir en paz; pero mucho de lo que se lee en el escrito es evidente, y en tal sentido se puede entender como una denuncia histórica. A lo mejor se cuestionarán las apreciaciones del autor sobre nosotros: que somos más malos que los otros países del mundo, que Pablo Escobar era el sexto hombre más rico de la Tierra, que pasábamos por ser los más violentos sin siquiera poseer una ojiva de esas que abundan para otros en sus bases de todo el planeta. A lo mejor dirán que todo lo anterior eran hipérboles, o si no: ¿cómo podrá explicar el autor que, en un país tan violento, pudo recorrer más de mil kilómetros en un tren destartado, sin protección y con 70 ciudadanos extranjeros a bordo, "entre los que se cuenta un número importante de periodistas"? (pág. 15)

Como crónica de viaje presenta las observaciones desprevenidas de momentos, gentes, paisajes y situaciones; el autor es un cronista que puede ser leído como testigo de excepción en un momento histórico difícil para Colombia; confluyen a su paso los actores de la violencia, que en ocasiones se presentan como víctimas sumergidas en una espiral de lo irracional. Soslayando un poco estas sendas negativas, encontramos también que ésta es una crónica de sueños y afectos; un viaje en tren a 15 kilómetros por hora, en vagones con ventanas sin vidrios, permite una percepción mejor del clima tropical y sus olores embriagantes y, también, la convivencia con zancudos y con las mariposas amarillas de Macondo y otras de otros colores y lugares; el viajero observador se deleita con los cuadros de vegetación lujuriosa que sirven de piel a nuestro suelo, saboreando en cámara lenta paisajes y seres. Europeos acostumbrados al T.G.V. (tren de alta velocidad) que une a París con Marsella en cuatro horas y media, encuentran que en Colombia el tren tiene una simbología diferente: es un vehículo para almas románticas y